378-1

CRONICAS DEL SILENCIO

LOS CASOS QUE AUN ESTAN BUSCANDO JUSTICIA

Después de hacer desaparecer a mi padre, les dio con mi hermano

Pasaron unos cuantos años y la represión elegía otra víctima de la misma familia de Arturo Aguilera Peñaloza: su hijo mayor, Luis Arturo Aguilera Muñoz, de 25 años de edad.

"Pensábamos que a nuestro hermano le ocurriría lo mismo que a nuestro padre. Se lo llevaron los agentes de la CNI a fines de abril de 1981, el día 28. Lo torturaron, lo drogaron. Querían más nombres de comunistas. Al cabo de seis días lo fueron a dejar a la casa. Lo llevaba del brazo uno de esos sujetos. Mi hermano estaba sin zapatos ni calcetines, a pata pelada. Vestía un buzo que no era de él. "Esta ropa no es de mi hermano, le dije al agente. El tipo no contestaba nada, Luis por su parte sólo hablaba incoherencias. Contó a sus hermanos que lo interrogaron sobre los miembros de la familia. Intentaron hacerle creer que toda su familia estaba presa y que se encontraban bajo arresto en el mismo recinto.

Luis, después de esta experiencia, viajó al norte del país, en busca de trabajo.

Cuando volvieron a buscarlo por segunda vez, no lo encontraron. Era el año 1983 - en el mes de julio- y volvían entonces los allanamientos a las casas.



Su hermano Luis Arturo Aguilera Muñoz. Lo detuvieron y lo siguieron persiguiendo

LOS MARCIANOS

"Aquella noche habíamos visto por la televisión una película sobre los marcianos, de modo que cuando empezaron las patadas y los empujones a las puertas y ventanas, pensamos que podrían ser los marcianos. Yo ví pasar unas cinco sombras frente a una de nuestras ventanas. En un par de minutos estábamos invadidos. Nuestra casa no tiene ninguna seguridad. Se puede entrar por cualquier lado. Yo salí a medio vestir. Mi mamá estaba blanca de miedo. Todos los invasores eran civiles y eso era un hecho raro, nuevo, porque los allanamientos masivos los hacían siempre los militares. Mi mamá les preguntó si se trataba de un allanamiento a toda la población y contestaron que sí".



La madre, Rosario del Carmen Muñoz, en sus días de juventud

Yo le aclaré a la mamá que eran de la CNI.

Y comenzaron su trabajo.

- Vamos viendo, ¿dónde están los documentos, las cosas marxistas, Los planes subversivos? ¿y en qué colores?

Los visitantes ya estaban sobre el piso de pasto de las canchas.

- ¡Miren lo que encontré aquí! Era un libro grueso y envuelto. Lo abrieron y se trataba de la Biblia. Recorrieron todo lo que había en la pieza. Encontraron una casete de Pablo Milanés y se lo llevaron. Se dispusieron a revisar un mueble y yo les dije: ahí deben estar todas las cosas comunistas. Había revistas de Cema-Chile, *Nuestra Tierra*. En una de las revistas de Cema-Chile aparecía la Lucía Pinochet repartiendo unas escopetas a unos niños.

Uno de los agentes se dirigió a mí para preguntarme por el hermano –al que ellos buscaban– ¿dónde está su hermano?

–Bueno, si ustedes son sapos titulados deberían saber donde ubicarlo.

- ¿Qué edad tenías cuando fue detenido tu papá?
- Seis años.
La pregunta está dirigida a una joven que tiene ahora 22 años de edad y que ha vivido, entonces, los últimos 16 años de la historia de este país, con la misma intensidad y los mismos riesgos que todos sus mayores, que toda su familia, que todos sus vecinos, que casi todos los trabajadores.
Su padre –un obrero pintor– llamado Arturo

GERALDINA SE ENFRE
SU VIDA DESDE LOS

La torturante existencia de una pobladora que ahora es una triunfadora

Vida difícil la de los pobladores marginales durante la escabrosa, dura y larga jornada bélico-social de esta dictadura militar. El trato hacia los pobladores lo habían resuelto los soldados y los carabineros en términos guerreros: los pobladores constituían las fuerzas del enemigo.

El contingente social de los habitantes de La Faena lo formaban gentes resueltas y ejecutivas. El origen de la población había sido una toma de terrenos. Entre los avanzados de la toma había estado Arturo Aguilera Peñaloza, el papá de Geraldina, en el año 1967.

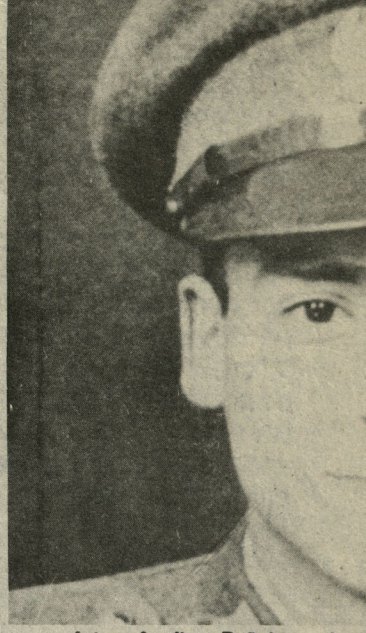
"Yo era muy regalona de mi papá -dice la joven-. Cuando llegaba por las tardes, le lavaba los pies y él me daba unas monedas que, claro, mis hermanos mayores me las quitaban dándome unos papeles firmados por ellos que valían lo mismo -decían- que las monedas. Cuando mi papá se iba y yo solía estar en el grupo de la despedida familiar, le lustraba los zapatos. Me daba otras monedas, cuyo destino también eran los bolsillos de mis hermanos".

La familia había llegado a un sitio pelado. No había agua, ni luz ni nada. Todavía –tiempo después– cuando yo había pasado a engrosar la familia, podía sacar pasto de debajo de la cama: "Mira, mamá, el pasto". En esas condiciones vivíamos los pobladores de La Faena, pero sabíamos que ese sitio y la mediagua eran algo nuestro.

El papá empezó a organizar a los pobladores. Se formó la Junta de Vecinos. "El era muy conocido en la población y siempre tuvo buenas relaciones con los vecinos. Toda la gente lo quería a pesar de los conflictos provocados entre el MIR y el partido Comunista, al que pertenecía mi papá".



Recuerdos de la niñez, Aguilera en su primera comunión



Arturo Aguilera Peñaloza, el pa el serv

UN SERENO RECUERDO

Geraldina no habla de su padre con exaltación ni hace comentarios heroicos de los episodios que vivió en La Faena, desde el golpe del 73 hasta hace muy poco rato, cuando el pueblo de Chile decidió despedir a sus verdugos. Ella narra con serenidad y una sorprendente frialdad lo que ha sido el ambiente social en que se ha desarrollado su vida.

"Había muchos detenidos todos los días, pero yo nunca me imaginé que esto podría ocurrirle a mi papá. Las circunstancias de la vida de los pobladores se hacían cada día más estrechas e inhóspitas.

Geraldina cuenta el grado de sobresalto de la vida de esos días. "Estábamos -de modo permanente- bajo la mira de los fusiles de carabineros y soldados. El fotógrafo Manuel Roy –un buen amigo de mi padre– en una protesta, simplemente abrió la puerta de calle de su casa, a cubierto de las posiciones de los pacos, pero no advirtió que por la vereda del frente había apostada una patrulla de soldados. Uno de los tres de esos fusileros del ejército le hizo puntería en la frente, entre los dos ojos, Le voló la cabeza.

"Nadie tenía la vida segura,excepto los victimarios uniformados".

Inmediatamente después del golpe, el padre Arturo Aguilera Peñaloza desapareció de su casa. Cambió de domicilio. Me decían que mi papá estaba trabajando en otra parte. Cuando pasaron esos meses espantosos de finales del año 1973 (septiembre, octubre, noviembre y



De los días tranquilos. Geraldina, con un gato colgando de los brazos acomp

Aguilera Peñaloza, era un hombre de 41 años cuando se lo llevaron los agentes de la DINA el 23 de agosto de 1974.
- ¿Nunca más viste a tú papá?
- Nunca más, responde.

(Esta crónica es una visión de Geraldina Aguilera acerca de su vida, de la de su familia, de la de los pobladores -sus vecinos- en la población La Faena, de la incansable búsqueda familiar de su padre un detenido-desaparecido)

ENTA AL RECUERDO DE 6 HASTA LOS 22 AÑOS

Por Justo Calcante. Fotos: Claudio Espinosa



re de Geraldina, como soldado por cio militar



La foto de su padre que más se acerca a los recuerdos de Geraldina

diciembre), el papá volvió a la casa, pero Geraldina de todos modos lo veía poco. Llegaba tarde por la noche y se iba temprano por la mañana.

HASTA QUE SE LO LLEVARON

"Por esa época, mi papá resolvió dejar el trabajo asalariado para dedicarse exclusivamente a tomar pololos de pintura. Así disponía de más tiempo para el trabajo político. Esta variante en su trabajo lo vinculó con mucha gente importante y hasta con militares que lo iban a buscar a la casa, para que les pintara la casa. Cuando se lo llevaron los bandidos de la DINA, en mi casa contestaban que estaba desaparecido. La gente no quería creer que se lo hubiera llevado la DINA, contaba tiempo después mi mamá.

El papá no sentía ningún apego por las cosas materiales. Lo daba todo y lo compartía todo. Le dijo a mi mamá que la familia de un compañero no tenía dónde vivir y que él se iba a traer esa familia a vivir con nosotros en la casa. Mi mamá no lo dejó. Le dijo que nosotros éramos siete y que donde iba a meter otra familia.

Pero mientras estuvo en libertad el jefe de esa familia no faltó para comer. "Mi padre era muy responsable con respecto a esos deberes familiares –comer y vestir– a pesar de lo que decía mi madre, que él se entregaba mucho a su trabajo político y dedicaba poco tiempo al trabajo para su familia".

Después del desaparecimiento del jefe de familia, pasamos muchas necesidades económicas. Pasamos hambre. Contamos con la ayuda material de la familia de mi madre, pero ellos también eran pobres.

Llegó a la casa la abuelita –la madre de mi mamá– para hacerse cargo de la casa. También algunas de mis tías. Mi mamá salía todos los días. Iba a trabajar. Y empezaron a pasar los años. Geraldina ya escuchaba que hablaban del Comité Pro Paz y del trabajo de mi mamá. Veía a mis tías que lloraban mucho.



ñada de un hermano en la población La Faena

EL TRABAJO Y LA BUSQUEDA

Mi mamá, cuando era fácil el recorrido, me llevaba con ella. Me hice habitué de CENDET (Centro Nacional de Detenidos). Yo tenía unos 7-8 años de edad y me fui dando cuenta de lo que había pasado con mi papá. Cada vez que le preguntaba a la mamá sobre lo que ocurría con el papá, decía que no pasaba nada, que estaba trabajando en otra ciudad. Pero yo estaba ahí cuando preguntaba dónde tenían a mi papá.

Eran unas colas monumentales las que se instalaban a las puertas del Congreso Nacional (allí funcionaba el CENDET).

'Señora -le decían- su marido no está aquí. Le indicaban otras entidades donde podía averiguar y los militares que atendían las colas hacían sus propios comentarios respecto de los problemas: "Señora no lo busque más. Se debe haber ido con otra. Además era terrorista y se sabe que esa gente no tiene rumbo fijo para su existencia".

Y mandaban a mi madre a otras oficinas'".

"Yo, a los siete u ocho años, me sentía muy afectada por estas cosas que escuchaba y me hacía reflexiones silenciosas. El papá que yo conocía era bueno, pero este otro era un irresponsable que cometía faltas delictuales. ¿Era malo, entonces, mi papá?".

Pasaron unas cuantas semanas más hasta que en 1975 apareció una lista de 119 "guerrilleros" comunistas que habían perdido la vida en enfrentamientos entre ellos mismos, en diversos lugares geográficos argentinos y brasileños.

Para esta fecha yo ya iba al colegio. Y por supuesto, y al igual que mis demás hermanos, repetí el curso escolar de 1975.



Geraldina, en el liceo con una de sus profesoras

En el colegio presenció el trabajo de soplonas

Geraldina hizo el ciclo básico y luego el secundario en la educación militar de estos 16 años. Su juicio: "la educación era mala". Se trataba, piensa, de concientizar a los niños al ritmo de las necesidades y los planes del Gobierno Militar. El profesorado –siguiendo las instrucciones de los militares– intentaba que todos los niños se sintieran identificados con Pinochet y los demás mandones de su estado mayor.

"Había muchas profesoras que eran las esposas de los militares. Algunas de estas señoras emprendían acciones humanas como una de ellas que me informó que había tratado de conseguir que pusieran en libertad a mi padre, pero que no había sido posible. 'Tú papá -me dijo- estaba metido hasta el cuello en las luchas políticas contra los militares'. Manifestó esa señora que en otros casos en que se había empeñado había conseguido sacar de la prisión a algunas personas".

"La vida en el colegio era una prueba sofocante y que aplastaba el alma. Allí presencié el espectáculo social de la miseria humana. Algunas profesoras denunciaban a sus propios compañeros de trabajo y nosotras podíamos ver que los sacaban detenidos del colegio".



Con uno de sus maestros en el liceo en que cursó sus humanidades. Es la de anteojos